

ALMA
UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA



MATER AGENDA *Cultural*

► **Instinto**
Emilia Pardo Bazán

► **Navidad**
Horacio Quiroga

► **María Magdalena
o la salvación**
Marguerite Yourcenar

► **La Mamá Noel**
Michel Tournier

► **Una Navidad**
Truman Capote

Cuentos de Navidad

Presentación

Independientemente de cuál sea la propia religión, puede uno, si así lo quiere, encontrar en los evangelios un valor adicional: son sin duda grandes historias. Y es que, desde un principio, la religión cristiana ha estado muy asociada con la idea de narrar, de contar, de relatar. Después de todo, si uno se atreve a analizar a las parábolas como textos literarios – más allá de su valor religioso– y descubre así estructuras similares a las de la fábula, se convencerá de que Jesucristo no tenía, como narrador, nada que envidiarle a Esopo o La Fontaine.

La tradición ha continuado ininterrumpidamente a lo largo de los dos milenios desde que, según la Iglesia, naciera el Hombre Dios. Dos momentos principales tiene la historia de Cristo: su nacimiento y su muerte, la Navidad y la Pasión. Y estos dos acontecimientos se han relatado en miles de ocasiones en distintas formas.

Los ejemplos abundan. En la Edad Media uno de los grandes acontecimientos de las ciudades y pueblos feudales era la llegada de compañías de actores ambulantes, que representaban la historia divina en los llamados “autos sacramentales”, remoto origen del teatro occidental. Por siglos innumerables peregrinos recorrieron los caminos de Europa esperando ganar los favores divinos, o simplemente ver aumentar su fe, al ir de iglesia a iglesia para contemplar las distintas reliquias –la punta de la lanza que hirió a Cristo o un pedazo de la cruz-, a las que suponían testigos de las grandes historias narradas en el Nuevo Testamento, como objetos que desempeñaron un papel fundamental dentro del relato sagrado. Durante el siglo XVII en Leipzig, el evento musical de cada año era la representación de la Pasión en forma de drama cantado, por parte de un coro variopinto donde se mezclaban campesinos y luminarias del arte vocal, según las creaciones de un compositor que luego daría mucho de qué hablar: Johann Sebastian Bach.

Siguiendo esa tradición milenaria, en su edición de diciembre, la **Revista Agenda Cultural Alma Mater** presenta a sus lectores una pequeña selección de relatos escritos bien sea en torno a la figura de Cristo, o sobre estas fechas en que conmemoramos su nacimiento, como un regalo de Navidad para toda la comunidad.

EL EXTRAÑO CASO DE KAPLAN

▼ Por
Rodolfo Pérez González
Asesor, Departamento Emisora Cultural



su vida.

al vez nunca pensó el millonario financista que la asistencia a un concierto de la Filarmónica Real podría transformar completa-

Nunca había profesado una especial devoción por la música, y, menos que menos, por los estirados y ultraformales conciertos de la orquesta más elitista de Londres. Ni siquiera se tomó el trabajo de echar una mirada al programa, que, al fin y al cabo, nada podía decirle. Sí le llamó la atención que no figuraba más que una obra en el concierto: era la Sinfonía número dos, en do menor.

Algo extraño sucedió cuando el señor Gilbert Kaplan perdió toda sensación de los que le rodeaban. "Como si -y son éstas sus palabras- me atravesara un rayo de luz".

Al sentirse poseído por la extraña fuerza que emanaba de la música, experimentó la sensación de una perentoria orden de llevar esta música a todas partes. Su misión debía ser, desde ahora, convencer a todos de la excelsitud de esta obra, que requiere la participación de una orquesta gigantesca, coro, dos solistas femeninas, órgano y campanas. Era casi seguro que la mayoría de los

espectadores nunca había oído esta obra. Pero la emoción del director, al dirigirla, como una des- carga, se comunicó a los oyentes, Gilbert Kaplan esperaba que experimentaran lo mismo que él.

Este famoso editor millonario salió del concierto con la firme resolución de entregarse con todo su vigor a estudiar la música, a aprender a dirigir, aunque para ello tuviera que hacer a un lado lo que había constituido la actividad que le había llevado a amasar una cuantiosa fortuna.

La azarosa aventura de tomar una batuta para dirigir la monumental partitura mahleriana tuvo, como primer paso, la contratación de varios profesores que se ocuparían de prepa- rarlo en el conocimiento musical.

Su situación era extraña: no sabía leer la música; pero se aprende cuando se quiere. Nueve horas diarias con suficiente entusiasmo hacen milagros. Todos los escollos fueron cediendo uno tras otro. Kaplan no tenía ningún interés en los problemas de la dirección orquestal, aunque sabía que para que una interpretación funcione, era definitiva la relación con los músicos. Mahler decía que la perfección en la dirección orquestal consistía en conseguir que la orquesta suene exac- tamente como se desea.

Kaplan asegura que, a la hora de expresar sus sentimien- tos, de todos los compositores, ninguno es tan coherente como Mahler. Como director ha llegado a perfeccionar una técnica meticulosa. Sus interpretaciones han sido calificadas en todas partes, como llenas de vida y electrizantes. "Mahler me lleva de la mano", asegura Kaplan.

Más allá de toda experiencia personal, este director de una sola obra se impone

*Gustav Mahler,
compositor de "La
Resurrección".
Diciembre de 1892*

una férrea disciplina de autocontrol. Es muy consciente de que cuando ocupa el podio, debe ganarse al público, y no puede abandonarse a sus emociones. "Cuando más

emocionado me siento durante una interpretación, más cosas puedo expresar".

Está convencido de que la Sinfonía "La Resurrección" es una obra profundamente sincera y autobiográfica. "En ella todo está tratado con cariño y afán de trascendencia". Kaplan deja que lo invada la arrolladora emoción de la obra, como parte del fenómeno de la comunicación espiritual: Es un acto de estimulación como el que puede provocar un médium.

Kaplan reconoce que es muy peligroso que las emociones particulares se interpongan entre Mahler y el público. El desenfreno de la emoción es algo muy arriesgado cuando hay que ceñirse a la partitura del modo más fiel y respetuoso.

Este financista, que algún día cambió el computador por una batuta y que no volvió a verse en la bolsa de Londres sino en ensayos de orquesta, hoy recorre el mundo dirigiendo una sola obra, y con una agenda copada con más de un año de anticipación.

Todo es claro en la partitura de la Sinfonía No. 2 de Mahler, una de las más rigurosamente anotadas de todo el repertorio sinfónico. Su devoción y su saludable cuenta bancaria le han



Gustav Mahler, compositor de "La Resurrección". Diciembre de 1892.

permitido hacerse al manuscrito de la partitura de Mahler, que conserva como el más preciado tesoro. "Cuando el director sabe lo que Mahler quiere, sólo puede sugerir lo que es absolutamente humano". "En la música, lo mejor sólo puede venir de la interpretación",

suele decir en sus entrevistas.

Si Mahler pide "langsam" (lento), ¿cuán lento tiene que ser? El mensaje de Mahler es universal, por eso disfruta la experiencia de tocar la sinfonía con orquesta de todo el orbe, con una indescriptible variedad de colores.

"Hay que hacer sonar la orquesta de Beijing como la de Berlín". Es cierto que en muchas partes hay tradiciones sinfónicas locales y que unas orquestas acostumbran un "vibrato", o un "portamento" en las cuerdas, que otras no podrían soportar. "Todo es un problema de equilibrio" dice Kaplan.

Kaplan considera la identificación con esta obra única como una ventaja y no cree que su condición de aficionado afecte sus dotes de intérprete. "No me considero profesional de la dirección", reconoce.

El 5 de octubre de 1987, apareció Kaplan al frente de la Filarmónica Real en el gigantesco auditorio del Albert Hall de Londres, a plena capacidad. Los diez mil espectadores se enloquecieron y desataron tormentas de aplausos para un director que había estudiado música y había aprendido a dirigir sólo para interpretar esta obra.

Ese mismo año, 1987 apareció la grabación de "La Resurrección" con Gilbert Kaplan al frente de la Orquesta y

los Coros Sinfónicos de Londres.

Aunque algunos envidiosos dijeron que un millonario puede contratar una orquesta sinfónica y un coro para dar libre curso a sus impulsos extravagantes, la crítica universal ha estado de acuerdo en que se trata de una de las mejores grabaciones que se han ofrecido al público.

Durante un año estudió la Sinfonía con sus formidables dificultades, dedicándole nueve horas diarias. Con 209 páginas, iba a página por día. Aunque confiesa: "Nunca lo hubiera intentado, de haber sabido lo que me esperaba; era como entrar en las fauces del lobo".'

Instinto

Emilia Pardo Bazán*

De una de las pioneras en lengua española, presentamos a nuestros lectores este cuento, donde la maternidad, la navidad y el dolor humano logran componer un mosaico memorable



Aquel año, las monjitas de la Santa Espina se habían excedido a sí mismas en arreglar el nacimiento. En el fondo de una celda vacía, enorme, jamás habitada, del patio alto, armaron una amplia mesa, y la revistieron de percalina verde.

Guirnaldas de chillonas flores artificiales, obra de las mismas monjas, la festoneaban. Sobre la mesa se alzaba el Nacimiento. Rocas de cartón afelpadas de musgo, cumbres nevadas a fuerza de papelitos picados y deshilachado algodón, riachuelos de talco, un molino cuya rueda daba vueltas, una fuentecilla que manaba verdadera agua, y los mil accidentes del paisaje, animados por figuras: una vieja pasando un puente, sobre un pollino; un cazador apuntando a un ciervo, enhiesto sobre un monte; un elefante bajando por un sendero, seguido de una jirafa; varias mozas sacando agua de la fuente; un gallo, con sus gallinas, del mismo tamaño de las mozas, y por último, novedad sorprendente y modernista: un automóvil, que se hunde en un túnel, y vuelve a salir y a entrar a cada minuto...

Pero lo mejor, allá en lo alto, era el portal, especie de cueva tapizada de papel dorado, con el pesebre de plata lleno de pajuelitas de oro, y en él, de un grandor desproporcionado al resto de las figuras, el niño echado y con la manita alzada para bendecir a unos pastores mucho más pequeños que él, que le traían, en ofrenda, borregos diminutos...

Todas las monjitas estaban allí, admirando, dando pareceres, babeándose de cariño ante el Niño Jesús, "que parecía un niño de verdad". En aquel solemne día, relajaba el convento su disciplina severa, y se les



consentía a las sores expresar su júbilo, tocando sonajas y castañuelas, zambombas y rabeles, armando un estrépito que en otro sitio se llamaría infernal, y bailando delante del pesebre, como habían bailado, de cierto, los pastorcillos inocentes, y como hasta saltarían de gozo los Reyes Magos, porque había nacido el Redentor del mundo.

Y danzaban riendo, diciéndose cosas picarescas y chistosas, burlándose dulcemente las jóvenes de las viejas, que no eran las menos decididas para dar brincos y jalearse.

– ¡Ay, mire sor Gertrudis, qué vueltas! Parece un trompo.

– ¡Y qué lindos pies que luce!

– ¡Ánimo, sor Consolación, deje ahí arrimada la muleta y eche un paso por el Niño Jesús.

– Agarrarse todas de las manos, y a la rueda, rueda.

– ¿Ese pandero, qué hace que no repica?

– ¡A ver, el villancico!

Y unidas, las voces se elevaron, puras e ingenuas.

*En el portal de Belén
hay una piedra redonda...*

–No, ése no vale nada...
Vaya aquel otro:

*En el portal de Belén
todos a juntar en leña,
para calentar al niño
que nació en la
nochebuena...*

Y el loco retintín de los panderos, el sonoro tableteo de las castañuelas, los desahogos de entusiasmo arreciaban, ensordecedores,

mientras la casi paralítica sor Consolación, con su voz cascada y feble, no podía hacerse oír, al reprender:

–No sean escandalosas...
¡Que van a venir los guardias!

Mientras la juventud de las sores se desfogaba así, en una celda del mismo piso, la única ocupada en él, una mujer prestaba oído atentamente... Sería como de cuarenta y cinco años; estaba sin toca, el hábito roto; su corto cabello flotaba en mechones grises y su mirar denotaba extravío. Atendía al lejano ruido sorprendida, inquieta. ¿Qué pasaba?

Al fin sonó más alta la música discordante de las sonajas y panderos. ¡Música! ¡Canciones! ¿Por qué la dejaban encerrada cuando había música?

En repentino arrebató golpeó la puerta, que por fuera tenía echado el cerrojo. La aporreó con manos y pies, frenéticamente. Y las que todavía danzaban ante el misterio se detuvieron, se miraron.

– ¡Vamos, ya respiró sor Cruz!

– ¡Fuera milagro que no alborotase!

– ¿Qué hacemos, madre superiora? –Interrogó una monjita vivaracha, menuda, toda arrebolada por la animación del baile—. ¡Pobrecita! ¿La dejamos venir un instante al belén, que está precioso?

–No piense en eso, sor Rosa... ¡Pues buena se pondría así que viese al niño! Ya sabe que como se le murió el suyo, el único, y a consecuencia de la pena entró en religión, tiene la cabeza... –la superiora se tocaba con el índice la sien—, y se altera hasta con las estampas del Niño Dios... Vaya allá un poco, a ver si la consuela... Déle su colación... Hágale creer que el ruido es en la calle... Y guarden ya silencio y, antes de bajar al refectorio, recemos tres avemarías, para que sor Cruz se ponga bien...

Se oyó el murmullo de la oración. Sor Rosa, a paso ligero, voló a la celda de la loca, recorrió el cerrojo vivamente, y se acercó a ella, hablándole con ternura y mimo, como se habla a las criaturas.



El pesebre se presentaba a sus ojos, solitario, bajo el rayo de la estrella, fulgiendo entre los azules pabellones de tarlatana que figuran el cielo cercado de candelicas, dispuestas en arco a ambos costados. Una sonrisa de gozo se dibujó en el semblante de la pobre mujer. ¡Qué bonito! ¡La fuentecita, el agua que corre! ¡El automóvil, qué monada! ¡Y el cazador! ¡Pum! De improviso, una chispa más espiritual brilló en sus ojos. Un grito, casi un rugido de amor se exhaló de su garganta. ¡El niño! ¡Su niño, al que siempre está llamando en las largas horas de su tristeza infinita!

– ¿Qué tiene, hermana? Alégrese, que le voy a traer su colacioncita... Verá. Un pedazo de turrón, muy rico... Y mazapán, y peladillas, y naranja china, ¿sabe? Se chupará los dedos...

–Quiero ir a donde cantan...

–Si ya no cantan... Si fueron los pillos de la calle, que van por ahí con chicharras y zambombas.

–No, yo bien sé... Hay música en el convento – insistió la demente, queriendo echarse fuera de la celda, con ansia.

–Paciencia, sor Cruz... Acuérdesse que manda el médico que no salga, que se puede acatarrar. Espere un momento, ahora subo la colación...

Y, como un pájaro, salió sor Rosa, volviendo al cabo de minutos con una cesta repleta.

–Bueno, ahí tiene muchas golosinas: coma, y luego, acuéstese tranquila, que

mañana vendré a peinarle esas greñas, y a ponerla muy guapa, para que asista a la misa, ¿eh?, siempre que tenga mucho, mucho juicio... Hasta mañana, sor Crucita, y que descanse bien.

Fuese la arrebolada monja, corriendo el cerrojo...Es decir, ella siempre afirmó haberlo corrido; pero tal vez sufriese una de esas distracciones que prueban que no es una máquina el cerebro humano.

La demente permaneció unos momentos indecisa. Alumbraba su celda un farol colgado muy alto, para que no lo pudiese romper. A su luz mezquina, destacábase, sobre la mesilla humilde, la cesta cubierta con blanca servilleta gorda. Con ese dominio del instinto material que se observa en los alienados, pensó en la colación succulenta, y se figuró al turrón macizo, los

mazapanes con rubias cabelleras de huevo hilado, la compota olorosa...

Un poco de saliva vino a sus fauces. Pero el recuerdo de la música resurgió y la curiosidad fue más viva que la gula. ¿Por qué música en el convento? Lanzóse otra vez contra la puerta... ¡Oh, maravilla! La puerta cedió... Se abrió sobre el pasillo ancho, sombrío y glacial, por el cual avanzó a tientas la loca, guiada por un débil reflejo, una raya de claridad lejana

También obedeció al empujón la puerta del recinto iluminado, y la loca, admirada, se paró un momento en el umbral. El pesebre se presentaba a sus ojos, solitario, bajo el rayo de la estrella, fulgiendo entre los azules pabellones de tarlatana que figuran el cielo cercado de candelicas, dispuestas en arco a ambos costados. Una sonrisa de gozo se dibujó en el semblante de la pobre mujer. ¡Qué bonito! ¡La fuentecita, el agua que corre! ¡El automóvil, qué monada! ¡Y el cazador! ¡Pum! De improviso, una chispa más espiritual brilló en sus ojos. Un grito, casi un rugido de amor se exhaló de su garganta. ¡El niño! ¡Su niño, al que siempre está llamando en las largas horas de su tristeza infinita!

De un salto, sor Cruz se encaramó al belén... Pisando fuentes, puentes y figuras, desbaratando y destrozándolo todo, llegó hasta el portal, agarró al infante, y lo cubrió de caricias violentas, ávidas. Medio le mordió. Luego, temerosa de que se lo

Michelangelo. La Madonna Mouscron (Detalle). 1504. Bruges, Notre-Dame.



arrebatasen, echó a correr hacia su celda, llevándolo abrazado...

Entre tanto, las arrancadas candelicas se desmayaron sobre los tules que con la estrella se habían volcado encima del portal. Un reguerillo de chispas devoró rápidamente el leve tejido y, luego, una corta lengua inflamada lamió las apolilladas maderas y cartones impregnados del aguarrás de la fresca pintura.

El convento dormía cuando se desenmascaró el incendio. El sereno vio el humo y aturdió a llamadas de aldabón enorme. La

confusión fue como de naufragio. Sacaron en brazos a la parálitica sor Consolación y, en medio del terror y de los angustiosos chillidos, sor Rosa, sintiendo acaso un misterioso e indefinible remordimiento, pensó en sor Cruz.

– ¡Ay mi Dios! ¡Misericordia, Virgen Santísima! ¡Va a morir abrasada! ¡El fuego es en su piso!

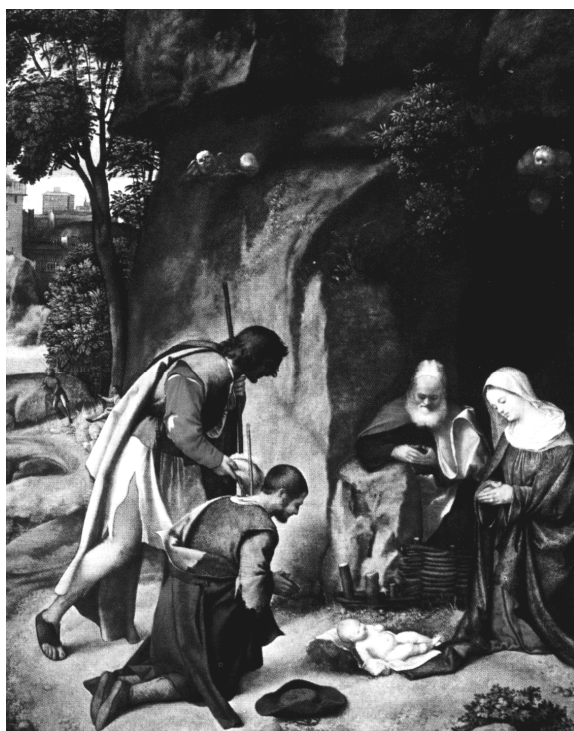
Y como alzasen los ojos hacia la reja de la celda de la demente, pudieron ver, sobre cortina de llamas y humo, un rostro aterrador, y oír una voz que gritaba:

– ¡Ahí va el niño! ¡Salven al niño!

Un muñeco de talla vino a rebotar en tierra a los pies de las monjas. La cara de la loca desapareció en el brasero.

Tomado de: <http://www.terra.es/naividad2000/literatura/instinto1.htm>

* Escritora española (1851-1921). Nació el 16 de septiembre de 1851 en La Coruña (Galicia, España). Su trabajo fue fundamental para abrir un espacio a las mujeres dentro del quehacer intelectual español. Entre otros logros, fue la primera mujer en presidir la Sección de Literatura del Ateneo de Madrid y en ocupar una cátedra de literatura en la Universidad Central de Madrid (aunque por el machismo de la época sólo se matriculó un estudiante). Entre sus obras destacan *Pascual López*, *La cuestión palpitante*, *La ama joven*, *Misericordia*, *Los pazos de Ulloa* y *La madre naturaleza*.



La Mamá Noel

Michel Tournier^{1*}

Este cuento, creado por uno de los más excepcionales escritores vivos, es una muestra de que inclusive en los Misterios de la religión hay espacio para el humor.

La aldea de Pouldreuzic llegaría a conocer alguna vez un período de paz? Desde hacía ya muchos lustros se hallaba desgarrada por el enfrentamiento entre los clericales y los radicales, entre la escuela libre de los Hermanos y la comunidad laica, entre el cura y el maestro. Las hostilidades, que se revestían con los colores de las estaciones, llegaban a adquirir tonalidades legendarias cuando se acercaban las fiestas de fin de año. Por razones prácticas se celebraba la misa del “gallo” el día 24 de diciembre a las seis de la tarde. Y a esa misma hora el

maestro, disfrazado de Papá Noel, distribuía juguetes a los niños de la escuela laica. De esta forma el Papá Noel se convertía en un héroe pagano, radical y anticlerical al que el cura contraponía el Niño Jesús de su Belén animado —célebre en todo el cantón— del mismo modo que se arroja un chorro de agua bendita a la cara del diablo.

Sí... ¿Sería verdad que Pouldreuzic iba a conocer al fin una tregua? El maestro se había jubilado y había sido sustituido por una maestra que no era de aquella región y a la que todo el mundo observaba para saber de qué pie cojeaba. La señora Oiselin, madre de dos niños —el más pequeño de sólo tres meses de edad— estaba divorciada y eso era como un estandarte de fidelidad laica. Pero el partido clerical triunfó desde el primer domingo cuando vieron que la nueva maestra hacía una ostentosa entrada en la iglesia.

Las cartas parecían echadas. Aquel año no habría árbol de Navidad sacrilego a la hora de la misa del “gallo” y el cura sería el único amo del terreno. Por eso la sorpresa fue todavía mayor cuando la señora Oiselin anunció a sus alumnos que nada cambiaría de la tradición y que Papá Noel distribuiría sus regalos a la hora habitual. ¿A qué juego jugaba? ¿Y quién iba a hacer el papel de Papá Noel? El cartero y el guarda forestal, en los que todos pensaron al instante, dadas sus opiniones socialistas, afirmaban que ellos por su parte no sabían nada. Y la sorpresa general llegó al colmo cuando se supo que la señora Oiselin prestaba su hijo pequeño al cura para que hiciera de Niño Jesús en su Belén animado.

Al comienzo todo marchó bien. El pequeño Oiselin dormía con los puñitos cerrados cuando los fieles desfilaron ante el Portal con los ojos acerados por la curiosidad. La mula y el buey —una mula de verdad y un buey de verdad— parecían enternecidos ante aquel bebé laico tan milagrosamente metamorfoseado en Salvador.

Pero por desgracia el niño comenzó a inquietarse a partir del Evangelio y se puso a berrear en el mismo momento en que el cura subía al púlpito. Nunca se había oído una voz de bebé tan potente. La muchachita que hacía de Virgen María le acunó contra su escuálido pechito, pero todo fue en vano. El chiquillo, rojo de ira, pataleando y moviendo los brazos, hacía retumbar las bóvedas de la iglesia con sus furiosos alaridos y el cura no

* Escritor francés nacido en 1924. Ha ganado los dos premios más importantes de la literatura francesa: el Grand Prix du Roman de la Académie Française con su novela *Viernes o los limbos del Pacífico*, y el Premio Goncourt con *El rey de los alisos*.

podía lograr que se oyera una sola de sus palabras.

Por fin llamó a uno de los monaguillos y le dio un recado al oído. El chaval, sin quitarse siquiera la sobrepelliz, salió a la calle y en la iglesia pudieron oír el ruido de sus zuecos que se alejaban.

Unos minutos después, la mitad clerical de la aldea, congregada en aquella nave, tuvo una visión inaudita que se inscribe para siempre en la leyenda dorada del país de la mojigatería. Pudo verse al mismísimo Papá Noel irrumpir en la iglesia. Con grandes pasos se dirigió hacia el Portal. Luego apartó su gran barba de algodón blanco, se desabrochó su casaca roja y tendió un generoso seno al Niño Jesús, que se calmó al instante.

Tomado de: El urogallo. Michel Tournier, Barcelona: Editorial Alfaguara, 1988. 350 p. Traducción de Lourdes Ortiz.

María Magdalena o la salvación

Por Marguerite Yourcenar*

Georgés de La Tour, (Detalle) Magdalena con la vela. Aproximadamente 1630/35. 128 x 94

Entre todos los cuentos que se han escrito en torno de la figura de Cristo, este es sin duda uno de los más hermosos, lleno de esa belleza que a veces es posible cosechar de la tragedia

Me llamo María: me llaman Magdalena. Magdala es el nombre de mi pueblo: es la pequeña comarca donde mi madre poseía unos campos, donde mi padre poseía unas viñas. Nací en Magdala. A mediodía, mi hermana Marta repartía jarras de cerveza a los obreros, en la granja; yo me llegaba a ellos con las manos vacías; bebían mi sonrisa a lengüetazos; sus miradas me palpaban como si yo fuera una fruta ya casi madura, cuyo sabor depende de un poco más de sol. Mis ojos eran dos fieras atrapadas en la red de mis pestañas; mi boca casi negra, una sanguijuela hinchada de sangre.

El palomar rebotaba de palomas; el arca, de panes; el cofre, de monedas con la efigie del César. Marta se estropeaba la vista marcando mi ajuar con las iniciales de Juan. La madre de Juan tenía pesquerías; el padre de Juan tenía viñas. Juan y yo, sentados el día de la boda bajo la higuera de la fuente, sentíamos ya sobre nosotros el intolerable peso de setenta años de felicidad. La misma música de baile se tocaría en las bodas de nuestras hijas; yo me sentía ya llena de los hijos que ellas iban a tener. Juan llegaba hacia mí desde el fondo de su infancia; sonreía a los ángeles como los niños, a los ángeles que eran sus únicos compañeros; yo había rechazado, por amor a él, los ofrecimientos del centurión romano. Juan huía de la taberna donde las prostitutas se agitan como víboras al son excitante de una flauta triste; apartaba la vista para no ver el rostro redondo de las criadas de la granja. Amar su inocencia fue mi primer pecado.



No sabía yo que estaba luchando contra un rival invisible, lo mismo que nuestro padre Jacob contra el ángel, ni que la apuesta del combate era aquel muchacho de cabellos desordenados, coronados de briznas de paja y que esbozaban una especie de aureola. Yo no sabía que otro había amado a Juan antes de que yo lo amara, antes de que él me amara a mí; yo no sabía que Dios era el remedio que buscan los solitarios. Presidía yo el banquete de bodas en el cuarto de las mujeres; las matronas me susurraban al oído consejos de alcahuetas y recetas de cortesanas; la flauta gritaba como una virgen; los tambores resonaban como corazones; las mujeres se revolcaban en la sombra, paquetes de velos, racimos de senos, y me envidiaban con voz pastosa la violenta felicidad de recibir al Esposo. Los corderos que estaban degollando en el patio chillaban como los inocentes entre las manos

de los carniceros de Herodes; no pude oír, a lo lejos, el balido del Cordero ladrón. Los humos de la noche lo emborronaron todo en la habitación de arriba; el día gris perdió el sentido de las formas y colores de las cosas: no reparé en el blanco vagabundo –sentado entre los parientes pobres, en el extremo más alejado de la mesa de los hombres– que comunicaba a los jóvenes, sólo con tocarlos o con darles un beso, la horrible especie de lepra que les obliga a apartarse de todo. Yo no adivinaba la presencia del Seductor que hace parecer la renuncia tan dulce como el pecado. Cerraron las puertas, quemaron perfumes para alejar a los diablos y nos dejaron solos. Al levantar los ojos, advertí que Juan no había hecho sino atravesar su fiesta de bodas como si fuera una plaza llena de gente con motivo de alguna fiesta pública. Temblaba sólo de dolor; estaba pálido, pero de vergüenza; sólo temía un desfallecimiento del alma

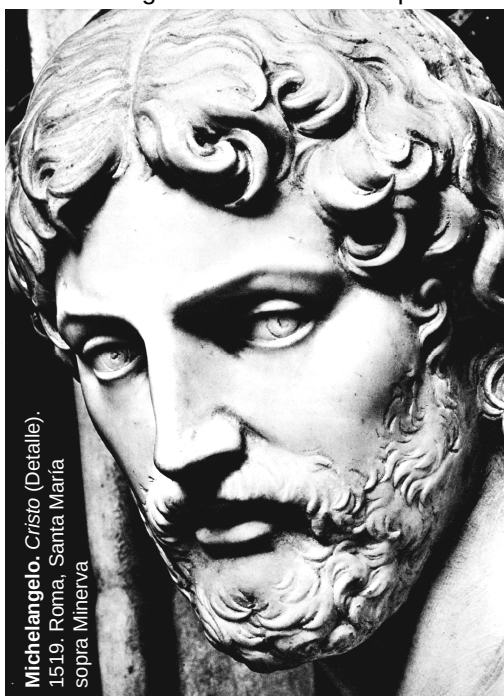
que lo dejara impotente para poseer a Dios. Yo era incapaz de distinguir en el rostro de Juan la mueca del asco de la del deseo: era virgen y, además, toda mujer que ama es una pobre inocente. Comprendí más tarde que yo representaba para él la peor de las culpas carnales, el pecado legítimo, aprobado por la costumbre, tanto más vil cuanto que está permitido revolcarse en él sin rubor, tanto más de temer cuanto que no trae consigo la condenación. Había elegido en mí a la más escondida de las muchachas a quien él pudiera cortejar con la secreta esperanza de no obtenerla nunca; yo justificaba su repugnancia hacia otras presas más accesibles; sentada en aquella cama, ya no era más que una mujer fácil. La imposibilidad en que se encontraba de amarme creaba entre nosotros una similitud más fuerte que esos contrastes del sexo que sirven, entre dos seres humanos, para destruir la confianza, para justificar el amor: ambos deseábamos ceder a una voluntad más fuerte que la nuestra, entregarnos, ser cogidos, y salíamos al paso de todos los dolores para dar a luz una nueva vida. Aquella alma de largos cabellos corría hacia un Esposo. Apoyaba la frente en el cristal cada vez más empañado por su aliento; los ojos cansados de las estrellas ya ni siquiera nos espiaban; una sirvienta al acecho al otro lado de la puerta tomaba quizá mis sollozos por exclamaciones de amor. Se alzó en la noche una voz llamando a Juan por tres veces, como

sucede en las casas en donde alguien va a morir: Juan abrió la ventana, se asomó para medir la profundidad de la sombra y vio a Dios. Yo no vi más que las sábanas de la cama y las ató para hacer con ellas una cuerda; moscas de fuego palpitaban en la tierra como si fueran astros, así que él parecía sumergirse en el cielo. Perdí de vista a aquel tráfuga incapaz de preferir una mujer al pecho de Dios. Abrí prudentemente la puerta de mi habitación, en donde nada había sucedido a no ser una huida. Salté por encima de los convidados, que roncaban en el vestíbulo y cogí de la percha el capuchón de Lázaro. La noche era demasiado oscura para ver en el suelo las huellas de las plantas divinas; las piedras en las que tropezaba no eran de aquellas que yo saltaba a la pata coja al salir del colegio; percibía las casas por primera vez, como las ven desde fuera los que no tienen hogar. Por los

rincones de las callejuelas de mala fama, tornaban a rezumar los consejos en las bocas desdentadas de las alcahuetas; había vomitonas de borrachos bajo los arcos del mercado que me recordaron los charcos de vino del festín de bodas. Para escapar de la ronda, corrí a lo largo de las galerías de madera de la posada, hasta llegar al cuarto del teniente romano. Aquel bruto me abrió, borracho aún de las libaciones en mi honor a la mesa de Lázaro; sin duda me tomó por una de las rameras con quien solía acostarse. Mantuve la cara tapada con el capuchón de Lázaro; la cosa fue más fácil cuando se trató de mi cuerpo. Cuando él me reconoció, yo ya era María Magdalena. Le oculté que Juan me había abandonado en mi noche de bodas por miedo a que se creyera obligado a verter, en el vino de su deseo, el agua insípida de su compasión. Le dejé creer que yo prefería sus brazos velludos

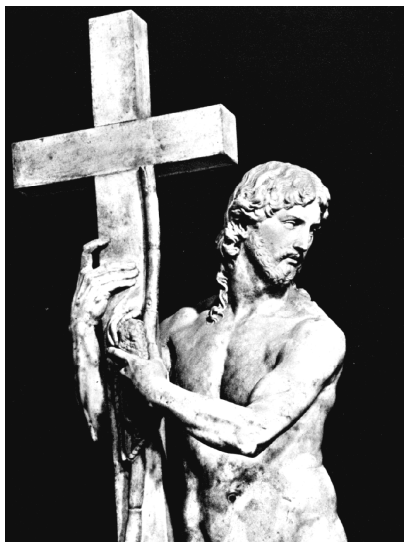
a las manos largas y siempre juntas de mi pálido novio: le guardé el secreto a Juan de su fuga con Dios. Los niños del pueblo descubrieron dónde me encontraba y me tiraron piedras. Lázaro mandó limpiar el estanque del molino, creyendo encontrar allí el cadáver de Juan; Marta agachaba la cabeza al pasar por

delante de la posada; la madre de Juan vino a pedirme cuentas del pretendido suicidio de su hijo único; yo no me defendí: me parecía menos humillante dejarles creer a todos que el desaparecido me había amado locamente. Al mes siguiente, Marius recibió órdenes de reunirse, en Gaza, con la segunda división de Palestina; no pude encontrar el dinero necesario para adquirir en el carro uno de esos puestos de tercera clase reservados desde siempre a los profetas, a los miserables, a los soldados con permiso y a los Mesías. El posadero me contrató para limpiar los vasos: aprendí de mi patrón la cocina del deseo. Era muy dulce para mí saber que la mujer despreciada por Juan caía sin transición al último puesto de las criaturas: cada golpe, cada beso me modelaban un rostro, unos pechos, un cuerpo diferente del que mi amigo no había acariciado. Un camellero beduino consintió en llevarme a Jaffa mediante el pago en abrazos; un marino marsellés me tomó a bordo de su barco: yo iba acostada en la popa y me contagiaba del cálido temblor del mar lleno de espuma. En un bar del Pireo, un filósofo griego me enseñó la sabiduría como si fuera un desenfreno más. En Esmirna, las larguezas de un banquero me enseñaron la dulzura que el chancro de la ostra y las pieles de los animales feroces añaden a la piel de una mujer desnuda, de suerte que fui envidiada, además de deseada. En Jerusalén, un fariseo me enseñó a hacer uso de la

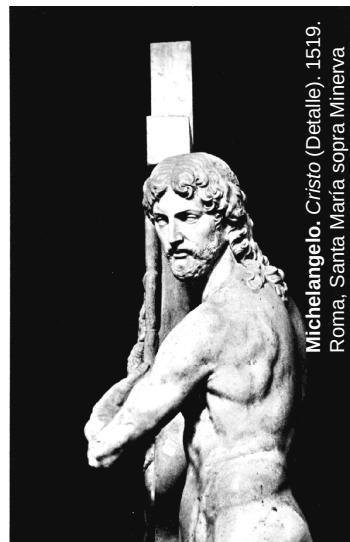


Michelangelo. Cristo (Detalle).
1519. Roma, Santa María
sopra Minerva

hipocresía como si fuera un colorete inalterable. En un tugurio de Cesarea, un paralítico ya curado me habló de Dios. Pese a las súplicas de los ángeles, que sin duda se esforzaban por devolverlo al cielo, Dios continuaba errando de pueblo, mofándose de los sacerdotes, insultando a los ricos, dividiendo a las familias, disculpando a la mujer adúltera, ejerciendo por todas partes su escandaloso oficio de Mesías. Hasta la eternidad tiene su hora de moda: uno de aquellos martes en que sólo invitaba a gente célebre, Simón el fariseo tuvo la ocurrencia de rogar la asistencia de Dios. Yo había rodado tanto con la intención de darle, a aquel terrible Amigo, una rival menos ingenua. Seducir a Dios era quitarle a Juan su porte de eternidad, era obligarlo a recaer sobre mí con todo el peso de su carne. Pecamos porque Dios no está: como nada perfecto se presenta a nosotros, nos resarcimos con las criaturas. Cuando Juan comprendiese que Dios sólo era un hombre, ya no habría ninguna razón para que no prefiriese mis senos. Me atavié como para ir al baile; me perfumé como para meterme en una cama. Mi entrada en la sala del banquete hizo que se parasen las mandíbulas; los Apóstoles se levantaron con gran tumulto, por miedo a verse infectados con el roce de mis faldas: a los ojos de aquellas gentes yo era tan impura como si estuviera continuamente sangrando. Tan sólo Dios permanecía sentado en la banqueta de cuero: instintivamente reconocí aquellos pies



desgastados de tanto andar por todos los caminos de nuestro infierno, aquellos cabellos llenos de piojos de astros, aquellos grandes ojos puros como únicos pedazos que de su cielo le quedaban... Era feo como el dolor; estaba sucio como el pecado. Caí de rodillas, tragándome mi salivazo, incapaz de añadir el sarcasmo al horrible peso del desamparo de Dios. Me di cuenta en seguida de que no podría seducirlo, pues no huía de mí. Deshice mis cabellos como para tapar mejor la desnudez de mi culpa; vacié ante él el frasco de mis recuerdos. Comprendía que aquel Dios fuera de la ley debía



Michelangelo. Cristo (Detalle). 1519.
Roma, Santa María sopra Minerva

haberse deslizado una mañana fuera de las puertas del alba, dejando tras de sí a las personas de la Trinidad, sorprendidas de no ser más que dos. Se había alojado en la posada de los días; se había prodigado a innumerables transeúntes que le negaban su alma, mas reclamaban de él todas las tangibles alegrías. Había soportado la compañía de bandidos, el contacto de leprosos, la insolencia de los policías: consentía igual que yo en pertenecer a todos, espantoso destino... Puso sobre mi cabeza su ancha mano de cadáver, que parecía hallarse ya sin sangre. No hacemos más que cambiar de esclavitud:



En un bar del Pireo, un filósofo griego me enseñó la sabiduría como si fuera un desenfreno más. En Esmirna, las larguezas de un banquero me enseñaron la dulzura que el chancro de la ostra y las pieles de los animales feroces añaden a la piel de una mujer desnuda, de suerte que fui envidiada, además de deseada. En Jerusalén, un fariseo me enseñó a hacer uso de la hipocresía como si fuera un colorete inalterable.

en el momento preciso en que me abandonaron los demonios, me convertí en posesa de Dios. Juan se borró de mi vida, como si el Evangelista no hubiera sido para mí sino el Precursor: frente a la Pasión, me olvidé del amor. He aceptado la pureza como la peor de las perversiones: he pasado noches en blanco, tiritando de rocío y de lágrimas, tumbada en el campo en medio de los Apóstoles, como un montón de corderos enamorados del Pastor. He envidiado a los muertos sobre los que se acuestan los Profetas para resucitarlos. Ayudé al divino curandero en sus curas maravillosas: froté con barro los ojos de los ciegos de nacimiento. Dejé que Marta trabajase en mi lugar el día de la comida de Betania, por miedo a que Juan se sentara al lado de las rodillas celestiales, en el taburete que yo habría dejado. Fueron mis lágrimas y mis gritos los que obtuvieron del dulce taumaturgo el segundo nacimiento de Lázaro: aquel muerto envuelto en vendas que daba sus primeros pasos en el umbral de la tumba era casi nuestro hijo. Le busqué discípulos, mojé mis manos pálidas con el agua de fregar de la Santa Cena; me mantuve al acecho en el *square* de los Olivos, mientras se daba el golpe de la Redención. Tanto lo quise que dejé de compadecerlo; mi amor se cuidaba de agravar ese desamparo, lo único que lo convertía en Dios. Para no arruinar su carrera de Salvador, consentí en verlo morir, a la manera de una amante, que consiente en que su amado haga un

brillante matrimonio. En la sala de los pasos perdidos, cuando Pilatos nos dio a elegir entre un facineroso y Dios, grité como los demás que soltaran a Barrabás. Le vi acostarse en el lecho vertical de sus nupcias eternas; asistí al momento horrible en que lo ataban con cuerdas, al beso que dio a la esponja aún empapada de un amargor marino, a la lanzada del soldado que se esforzaba por perforar el corazón del divino vampiro, con miedo de que tornara a levantarse para chupar el porvenir. Sentí estremecerse sobre mi frente aquella dulce ave de rapiña clavada en la puerta de los Tiempos. Un viento de muerte horadaba los cielos, desgarrándolos como si fueran un velo; el mundo se vencía del lado de la noche, arrastrado por el peso de la cruz. El pálido capitán colgaba de las vergas del Tres-Mástiles, sumergido por la Culpa: el hijo del carpintero expiaba los errores que su Padre eterno había cometido en sus cálculos. Yo sabía que nada bueno podría nacer de su suplicio: el único resultado de aquella ejecución iba a ser mostrar a los hombres que es fácil deshacerse de Dios. El Divino sentenciado a muerte sólo dejaba caer al suelo inútiles semillas de sangre. Los dados trucados del Azar saltaban inútilmente en manos de los centinelas; los harapos de la Túnica infinita no le servían a nadie para hacerse un traje. En vano vertí a sus pies la ola oxigenada de mi cabellera; en vano intenté consolar a la única Madre que ha concebido a Dios. Mis gritos de mujer y de perra no

llegaban hasta mi dueño muerto. Los ladrones, al menos, compartían su misma pena: al pie de aquel eje por donde pasaba todo el dolor del mundo, yo no hacía sino estorbar su diálogo con Dimas. Levantaron escaleras, halaron cuerdas. Dios se desprendió, como un fruto maduro, dispuesto ya a pudrirse en la tierra del sepulcro. Por vez primera, su cabeza inerte descansó en mi hombro, el jugo de su corazón nos ponía las manos pegajosas, como en época de vendimias. José de Arimatea iba delante de nosotros con un farol; Juan y yo nos doblábamos bajo el peso de aquel cuerpo más pesado que el hombre; unos soldados nos ayudaron a colocar una piedra de molino tapando la entrada del sepulcro. No regresamos a la ciudad hasta que llegó el frío del sol crepuscular. Volvimos a encontrarnos, no sin estupor, con tiendas y teatros, con la insolencia de los taberneros, con los diarios de la tarde cuya página de sucesos llenaba la Pasión. Pasé la noche escogiendo mis mejores sábanas de cortesana; al llegar la mañana envié a Marta a comprar todos los perfumes que encontrase al mejor precio. Cantaban los gallos, como si quisieran refrescar el arrepentimiento de Pedro: asombrada de que llegara el día, me metí por un camino de los arrabales bordeado de manzanos que recordaban la culpa y de viñas que recordaban la Redención. Guiada por un recuerdo, ángel incorruptible, entré en aquella caverna horadada en lo más profundo de mí



Jan van Scorel. *María Magdalena* (Detalle). Madera 67 x 76,5.

misma; me acerqué a aquel cuerpo como a mi propia tumba. Yo había renunciado a toda esperanza de Pascua, a toda promesa de resurrección. No me di cuenta de que la piedra del lagar se hallaba tajada en toda su longitud a consecuencia de alguna fermentación divina; Dios se había levantado de la muerte como de un lecho de insomnio: de la tumba deshecha colgaban las sábanas mendigadas al jardinero. Era la segunda vez en mi vida que yo me hallaba ante una cama donde dormía un ausente. Los granos de incienso rodaron por el suelo del sepulcro y cayeron al fondo de la noche. Las paredes me devolvieron mi aullido de vampiro insatisfecho; al salirme fuera de mí, me di en la frente con la piedra del dintel. La nieve de los narcisos permanecía virgen de toda huella humana: los que acababan de robar a Dios caminaban por el cielo. El jardinero, encorvado hacia el suelo, escardaba un macizo de flores: levantó la cabeza bajo el sombrero de paja que formaba como una

aureola de sol y de verano; caí de rodillas, llena del dulce temblor de las mujeres enamoradas que creen sentir cómo se derrama por todo su cuerpo la sustancia de su corazón. Él llevaba al hombro el rastrillo que utiliza para borrar nuestras culpas; en la mano, el ovillo y las tijeras de podar que las Parcas confían a su hermano eterno. Quizá se preparase a bajar a los Infiernos por el camino de las raíces. Conocía el secreto del remordimiento de las ortigas, de la agonía de la lombriz de tierra. La palidez de la muerte permanecía en él, de suerte que parecía haberse disfrazado de lirio. Yo adivinaba que su primer ademán sería para apartar a la pecadora contaminada por el deseo. Me sentía babosa en aquel universo de flores. El aire era tan fresco que las palmas de mis manos tuvieron la sensación de apoyarse en un espejo: mi maestro muerto había pasado al otro lado del espejo del Tiempo. Mi aliento enturbió la gran imagen: Dios se borró, igual que un reflejo sobre el

cristal de la mañana. Mi cuerpo opaco no era un obstáculo para aquel Resucitado. Se oyó un crujido, puede que en el fondo de mí misma; caí con los brazos en cruz, arrastrada por el peso de mi corazón: no había nada detrás del espejo que yo acababa de romper. Me encontraba de nuevo más vacía que una viuda, más sola que una mujer abandonada. Por fin conocía toda la atrocidad de Dios. Dios me había robado no sólo el amor de una criatura, a la edad en que uno se figura que son insustituibles, Dios me había robado además mis náuseas de embarazada, mis sueños de recién parida, mis siestas de anciana en la plaza del pueblo, la tumba cavada al fondo del cercado en donde mis hijos me hubieran enterrado. Después de robarme mi inocencia, Dios me robaba mis culpas: cuando apenas empezaba a medrar en mi oficio de cortesana, me quitaba la posibilidad de seducir al César o de subir a las tablas. Después de su cadáver, me quitaba su fantasma: ni siquiera quiso que yo me embriagara con un sueño. Como el peor de los celosos, ha destruido esa belleza que me exponía a recaer en las camas del deseo: me cuelgan los pechos, me parezco a la Muerte, a esa vieja amante de Dios. Como el peor de los maníacos, sólo amó mis lágrimas. Pero ese Dios que todo me lo quitó no me lo ha dado todo. No he recibido más que una migaja de su amor infinito: compartí su corazón con las criaturas como cualquier otra. Mis

amantes de antaño se acostaban sobre mi cuerpo sin preocuparse de mi alma: mi celeste amigo de corazón sólo se preocupó de calentar esa alma eterna, de suerte que una mitad de mi ser no ha dejado de sufrir. Y, sin embargo, me ha salvado. Gracias a él no recibí de las alegrías sino su parte de dolor, la única inagotable. Me escapo de las rutinas de la casa y de la cama, del peso muerto del dinero, del callejón sin salida que es el éxito, del contento que procuran los

honores, de los encantos de la infamia. Puesto que aquel condenado al amor de Magdalena se ha evadido al cielo, evito el insípido error de serle necesaria a Dios. Hice bien en dejarme llevar por la gran ola divina; no me arrepiento de haber sido rehecha por las manos del Señor. No me ha salvado ni de la muerte, ni del mal, ni del crimen, pues gracias a ellos nos salvamos. Me ha salvado tan sólo de la felicidad.

Tomado de: *Fuegos* de Marguerite Yourcenar. Editorial Alfaguara. España. 1995. Traducción de Emma Catalayud.

*Poeta, novelista, dramaturga y traductora. Nació en 1903 en Bruselas, Bélgica. En 1947 adoptó la nacionalidad estadounidense. En 1980 Yourcenar se convirtió en la primera mujer que ingresó en la Academia Francesa, y en 1986 fue galardonada con la Legión de Honor francesa. Murió en 1987. Entre sus obras destacan *Memorias de Adriano*, *Alexis* o el tratado del inútil combate, *Opus Nigrum*, *Mishima*, o la visión de vacío y *El jardín de las quimeras*.



Como en esta selección no podría faltar Latinoamérica, presentamos a nuestros lectores un relato de uno de los mejores cuentistas que han nacido en nuestro continente, donde el autor hace hincapié en la enorme distancia que separa los juicios humanos y los divinos

Los Reyes Magos, después de consultar a Herodes, partieron de Jerusalén. La estrella divina que antes les había guiado y que habían perdido reapareció hacia el sur, descendiendo al fin sobre el techo de una humilde posada, donde acababa de nacer Jesús.

Los viejos monarcas lo adoraron parte de la noche, retirándose temprano, pues al alba debían partir para Jerusalén a avisar a Herodes; pero en un nuevo sueño unánime fueron advertidos de que no lo hicieran así. Cambiaron en consecuencia de dirección y nunca se volvió a saber de ellos.

Cuando después de muchos días de espera Herodes se vio engañado por los viejos árabes, entró en gran furor y ordenó que se degollara a todos los niños menores de dos

años de Bethlehem¹ y sus alrededores. Militaba por entonces en la segunda decuria de la guardia de Herodes un soldado romano, llamado Quinto Arsaces Triticeo, parto de origen y hombre de carácter decidido y franco. Durante su estación en la triste Judea había depositado su amor en una joven bethlehemita de nítida belleza, tan sencilla de corazón que jamás había soñado más horizonte para su hermosura que el homenaje del sincero soldado.

Salomé —llamábase así— vivía en Bethlehem con sus padres, y dos veces por semana llevaba a la capital los frutos varios de su huerta. A su regreso, en las claras noches de luna, Arsaces solía acompañarla, con su espada corta y su jabalina.

¹Belén

En una de esas noches, al despedirse, Arsaces le dijo estas palabras:

—Dime: ¿no has oído hablar en Bethlehem de tres viejos árabes que estuvieron sólo una noche allí?

—No, ¿por qué?

—Por esto: Galba, nuestro decurión, nos ha dicho ayer que El Idumeo esperó ansiosamente a tres árabes caldeos que fueron a Bethlehem, hace ya bastante tiempo. No sé en verdad qué clase de inquietud es la suya; pero Galba teme algún nuevo despropósito de Herodes.

Como la joven nada sabía, no hablaron más de ello.

Dos días después, Salomé llegó muy temprano a Jerusalén. Apenas vio a Arsaces le echó los brazos al cuello, llorando de alegría.

— ¡El Mesías, nuestro Salvador, ha nacido!

Y le contó, en abundantes lágrimas de fe dichosa, el nacimiento de Jesús, el ángel que sobrevino a los pastores, la adoración de los reyes, todo, todo. ¡Y ella, que lo había sabido el día anterior apenas!

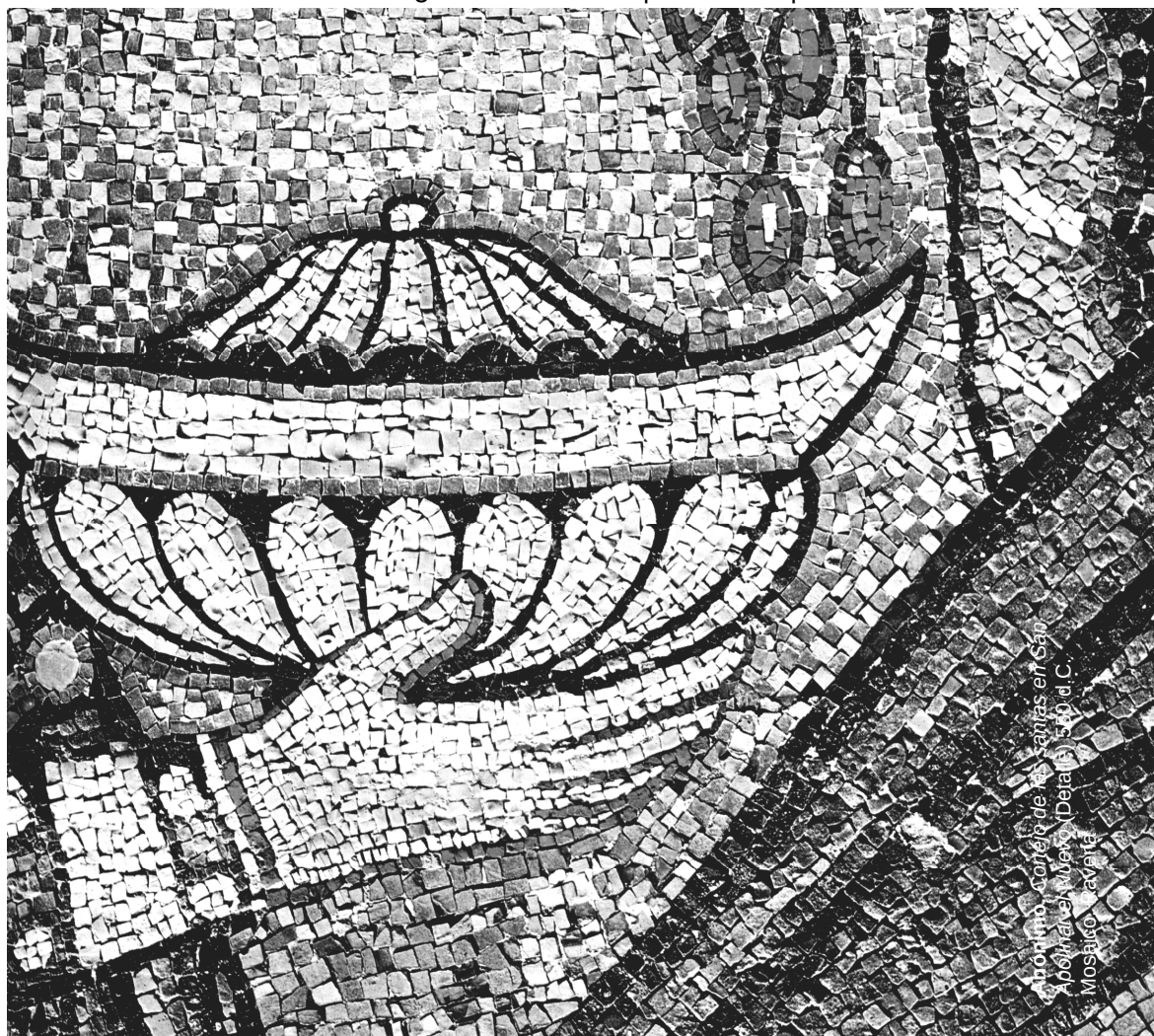
—¿De veras crees que ese

chico es el Mesías? —le preguntó Arsaces.

—Sí, creo —respondió la joven, fijando en él sus ojos dilatados de sereno y profundo entusiasmo. Pero como por dicha es posible conciliar el amor y la fe en una misma ternura, la despedida de los jóvenes fue ese día más dulce aún.

A la mañana siguiente, Salomé, que volvía de la cisterna, lanzó un grito y dejó caer el cántaro al ver de imprevisto a Arsaces.,

— ¡Pronto! —le dijo éste apresurado—. Mi decuria llega ya a Bethlehem y no puedo demorar. Galba me



Abotino, Correo de las Antillas en San
Juan, Puerto Rico (Detalle) s. IV d. C.
Mosaico, Navaia

ha permitido te diga dos palabras, y le debo exactitud. Tenemos orden de matar a todas las criaturas menores de dos años si no hallamos a tu Mesías. ¿Sabes dónde está?

Al oír esto, la joven hebrea desgarró su velo, presa de la más grande desesperación. Se arrojó ante el soldado, cogiéndole las manos. ¡Matar a su Señor! ¡Entregarle! ¿Pero era posible oír eso?

— ¡Pronto! —insistió Arsaces, malhumorado por el cansancio—. Dime dónde vive, o matamos a todos.

Salomé esparció sus cabellos y se dejó caer de bruces sobre la tierra.

Entonces Arsaces se fue. Mientras se alejaba, la bethlehemita vio pasar ante sus ojos todas las tiernas criaturas muertas injustamente, y sintió en su corazón el clamor fraternal de su pobre naturaleza humana,

Se levantó, corriendo tras de Arsaces.

— ¡No puedo, no puedo! —gimió—. ¡Que el Señor haga de mí lo que quiera! Jesús vive en la huerta de Samuel y es hijo de María de Nazareth...

No dijo más, porque se desmayó. Arsaces llevó la denuncia a Galba y la decuria se dirigió a casa de Samuel para apoderarse de Jesús. Pero como en la noche anterior, José —advertido por un ángel— había partido a Egipto con su familia, la guardia cumplió la orden de

Herodes, degollando a todas las criaturas menores de dos años de Bethlehem y sus alrededores, como estaba escrito.

El tiempo pasó. La Palestina fue reducida a provincia romana. Hondas perturbaciones agitaron al pueblo de Israel, y Jesús padeció, fue crucificado, muerto y sepultado bajo el poder de Poncio Pilatos.

Pero nunca se olvidó el monstruoso crimen de Salomé. El mismo sacrilegio de Judas fue ligero comparado con el de aquella. San Pedro, varón humilde, aunque de profunda filosofía, lo dijo así: "Judas no creyó nunca en su Maestro, y por esto, al venderlo, no cometió sino crimen de los hombres. Mas Salomé entregó a su propio Dios que adoraba, esto es, haciendo acto del mayor sacrilegio que puede concebir mente humana."

En los fortuitos encuentros de los apóstoles jamás se nombró a la bethlehemita, para desterrar hasta de los labios su evocación impura. El nuevo mundo se asentó sobre el horror de su nombre, y la dicha de las primeras Navidades fue turbada por la memoria de aquel inaudito sacrilegio. Para mayor afrenta, el recuerdo de otra Salomé se agregó...

Pasaron más años; y como en esta vida todo es



Andrónico, *Entrega de las santas en San Apolinar el Nuevo* (Detalle) 550 d.C.

transitorio, San Pedro murió. Apenas en el dintel del cielo, vio a su Maestro que salía a recibirle con una sonrisa de amistad divina. Después vio al Señor, vio a la Virgen María, a Abraham y a José, y vio también entre los elegidos, con un gran sobresalto de su corazón, a Salomé de Bethlehem, transparente de cándida serenidad.

— ¡Señor! —murmuró San Pedro, conturbado hasta el fondo de su alma—. ¿Cómo es posible que Salomé esté aquí?

El Señor sonrió, colocando sobre el hombro del apóstol su mano de luz:

—Hay muchos modos de ser bueno, Pedro. Salomé creía en mi Hijo, y esto te dice que era digna de mi reino, porque la pureza, el amor y la fe ocupaban su corazón. Supón ahora qué cantidad de ternura y compasión habría en su alma, cuando prefirió sacrificar a su Dios, antes que ser culpable de la muerte de infinidad de criaturas en el limbo de la

inocencia, y que no tenían culpa alguna...

Pedro, corazón simple, y que ya en el mundo había desacertado tres veces, lloró en nuevas lágrimas su dureza de corazón y bajó más la cabeza. Pero un suave calor iluminó sus ojos cerrados, y, abriéndolos, vio que el Señor y su Hijo le miraban a él mismo con infinita compasión.

Tomado de: El salvaje y otros cuentos. Horacio Quiroga. Bueno Aires: Editorial Losada, 1963.

*Escritor uruguayo. Nació en 1878 en la ciudad de Salto (Uruguay) y murió en 1937 en Buenos Aires (Argentina), por ingestión de cianuro luego de enterarse de que sufría de cáncer gástrico. A pesar de una vida donde a menudo fue visitado por la tragedia (en 1902 mató accidentalmente con una pistola a su amigo Federico Ferrando); en 1915 su esposa se suicidó), Quiroga es considerado uno de los más grandes escritores latinoamericanos y, sin duda, uno de los mejores exponentes del cuento universal. Entre sus obras destacan *Cuentos de amor, de locura y de muerte*, *El salvaje* y *Cuentos de la selva*.

Una Navidad

Por Truman Capoteⁱ

Michelangelo. *Madonna Doni*. 1504. Florencia, Palacio Uffizi.



En este relato, el famoso escritor norteamericano deja a un lado su irreverencia para concentrarse en la pregunta de cuál es el sentido de la Navidad

Primero, un breve preámbulo autobiográfico. Mi madre, mujer excepcionalmente inteligente, era la chica más guapa de

Alabama. Todo el mundo lo decía, y era verdad. A los dieciséis años se casó con un hombre de negocios de veintiocho que provenía de una buena familia de Nueva Orleans. El matrimonio duró un año. Ella era demasiado joven tanto para ser madre como para ser esposa; era además demasiado ambiciosa: quería ir a la universidad para tener una carrera. De modo que dejó a su marido; y, por lo que a mí se refiere, me puso al cuidado de su numerosa familia de Alabama.

Durante años, rara vez vi a ninguno de mis padres. Mi padre tenía asuntos en Nueva Orleans, y mi madre, tras graduarse, empezaba a abrirse camino por sí misma en Nueva York. En lo que a mí me concernía, ésta no era una situación desagradable. Era feliz donde me hallaba. Tenía a muchos parientes amables conmigo, tías y tíos y primos y, especialmente, "a una" prima ya mayor, con el pelo canoso, una mujer ligeramente tullida llamada Sook. Miss Sook Faulk. Tenía otros amigos, pero ella era, con mucho, mi mejor amiga. Fue Sook quien me habló de Papá Noel, de su barba abundante, su traje rojo y su ruidoso trineo cargado de regalos, y yo la creí, del mismo

modo que creía que todo era voluntad de Dios, o del Señor, como siempre le llamó Sook. Si tropezaba, o me caía del caballo, o pescaba un gran pez en el riachuelo, bueno, para bien o para mal, todo era por voluntad del Señor. Y eso fue lo que dijo Sook al recibir las alarmantes noticias de Nueva Orleans: mi padre quería que yo fuera a pasar con él la Navidad.

Lloré. No quería ir. Nunca había salido de aquella aislada y pequeña ciudad de Alabama, rodeada de bosques, granjas y ríos. Jamás me acostaba sin que Sook me peinara el pelo con los dedos y me besara para darme las buenas noches. Además, me asustaban los extraños, y mi padre era un extraño. A pesar de haberlo visto varias veces, su imagen se confundía en mi memoria; ignoraba qué aspecto tenía. Pero como decía Sook: "Es la voluntad del Señor. Y, quién sabe, Buddy, quizás hasta veas la nieve".

¡Nieve! Hasta que aprendí a leer por mí mismo, Sook me leyó muchos cuentos, y parecía haber cantidad de nieve en la mayoría de ellos. Deslumbrantes copos de ensueño deslizándose por los aires. Era algo con lo que soñaba; algo mágico y misterioso que deseaba ver y sentir y tocar. Por

supuesto, ni Sook ni yo nunca lo habíamos hecho; ¿cómo habríamos podido hacerlo viviendo en un lugar tan caluroso como Alabama? No sé cómo pudo pensar que yo vería nieve en Nueva Orleans, ya que Nueva Orleans es aún más calurosa. Pero qué más da. Intentaba infundirme coraje para emprender el viaje.

Me dieron un traje nuevo. Me colgaron en la solapa una tarjeta con mi nombre y mi dirección. Eso, por si me perdía. El caso es que iba a hacer el viaje solo. En autobús. En fin, todos pensaron que estaría a salvo con mi tarjeta. Todos, excepto yo. Estaba asustado; enfadado. Furioso con mi padre, ese extraño, que me forzaba a abandonar mi casa y a separarme de Sook por Navidad.

Se trataba de un viaje de más de setecientos kilómetros, poco más o menos. Mi primera parada fue Mobile. Allí, cambié de autobús, y viajé horas y horas por tierras pantanosas a lo largo de la costa hasta llegar a una ciudad ruidosa, con tranvías tintineantes y mucha gente peligrosa con pinta extranjera.

Era Nueva Orleans.

Y, de pronto, al bajar del autobús, un hombre me rodeó con sus brazos y me

exprimió la respiración; reía y lloraba; un hombre alto y apuesto, riendo y llorando. Dijo:

-¿No me conoces? ¿No conoces a tu padre?

Yo había enmudecido. No dije una sola palabra hasta que, al fin, mientras íbamos ya en un taxi, le pregunté:

-¿Dónde está?

-¿La casa? No muy lejos.

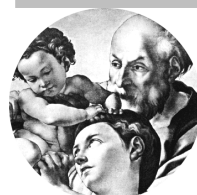
-No, la casa no. La nieve.

-¿Qué nieve?

-Creía que habría un montón de nieve.

Me miró con extrañeza, pero acabó por reír.

-Nunca ha nevado en Nueva Orleans. Al menos que yo sepa. Pero escucha: ¿oyes ese trueno? Seguro que va a llover.



-Por supuesto que existe Papá Noel. Sólo que es imposible que una sola persona haga todo lo que hace él. Por eso el Señor ha distribuido el trabajo entre todos nosotros. Por eso todo el mundo es Papá Noel. Yo lo soy. Tú lo eres.

No sé qué es lo que más me asustaba, si el trueno, los fulminantes rayos que lo seguían, o mi padre. Aquella noche, al acostarme, seguía lloviendo. Recité mis oraciones y recé para estar pronto de vuelta en casa con Sook. No sabía cómo iba a poder dormirme sin que ella me diera el beso de las buenas noches. Lo cierto es que no conseguía dormirme, de modo que me puse a pensar en lo que iba a traerme Papá Noel. Quería un cuchillo con el mango de nácar. Y un gran rompecabezas. Un sombrero de cowboy con un lazo de rodeo. Un rifle BB para matar gorrones. (Años más tarde, tuve una escopeta BB con la que maté un sinsonte y un mirlo, y jamás he podido olvidar cuánto lo sentí y cuánta pena me dio; nunca volví a matar otra cosa, y todos los peces que pesqué los devolví al agua). También quería una caja de lápices. Y, más que cualquier otra cosa, una radio, pero sabía que era imposible: no conocía ni a diez personas que tuvieran radio. Recordarán que era la época de la Depresión, y en el Profundo Sur eran escasas las casas que tenían radio o refrigerador.

Mi padre tenía las dos cosas. Parecía tenerlo todo: un coche con el asiento trasero descubierto, por no



Vista de Constantinopla, del *Liber Chronicarum*, de Hartmann Schedel, publicado Nuremberg hacia el año 1479. Grabado en madera. (Detalle).

hablar de una casita color rosa en el Barrio Francés, con balcones de hierro forjado y un patio interior ajardinado, lleno de flores y refrescado por una fuente en forma de sirena. También tenía media docena, por no decir toda una docena, de amigas. Al igual que mi madre, mi padre no había vuelto a casarse; pero los dos tenían admiradores asiduos, y, quisieranlo o no, antes o después recorrieron el camino del altar; en realidad, mi padre lo recorrió seis veces.

Pueden, pues, comprobar que tenía un gran encanto; y, de hecho, parecía seducir a la mayoría de la gente, a todos menos a mí. Eso era lo que me azaraba tanto, si empre arrastrándome de aquí para allá para que conociera a sus amigos, a todos, desde el banquero hasta el barbero que le

afeitaba cada día. Y, naturalmente, a todas sus amigas. Y lo que es peor: se pasaba el tiempo besándome, achuchándome y presumiendo de mí. ¡Me sentía tan avergonzado! Primero, no había nada de qué presumir. Yo era un auténtico chico de campo. Creía en Jesús y rezaba concienzudamente mis oraciones. Estaba convencido de que existía Papá Noel. Y, en mi casa de Alabama, excepto para ir a la iglesia, nunca llevaba zapatos, ni en invierno ni en verano.

Era una auténtica tortura ser arrastrado por las calles de Nueva Orleans dentro de aquellos zapatos fuertemente atados, calientes como el infierno, tan pesados como el plomo. No sé qué era peor, si los zapatos o la comida. En mi casa estaba

acostumbrado al pollo a la parrilla, a las verduras estofadas, a las judías con mantequilla, a pan de maíz y a otras cosas reconfortantes. ¡Pero esos restaurantes de Nueva Orleans! Nunca olvidaré mi primera ostra, era como un mal sueño deslizándose por mi garganta; tuvieron que transcurrir décadas antes de que volviera a tragar otra. En cuanto a toda esa comida criolla cargada de especias, sólo pensarlo me da acidez. No señor, yo añoraba las galletas recién sacadas del horno, la leche fresca de vaca y la melaza casera.

Mi pobre padre no tenía ni idea de cuán desgraciado era yo, en parte porque nunca dejé que lo notara ni porque jamás se lo dije; en parte porque, aunque mi madre protestara, él se las había ingeniado para conseguir mi custodia legal durante las vacaciones de Navidad.

Me decía:

-Di la verdad, ¿no quieres venir a vivir aquí conmigo, en Nueva Orleans?

-No puedo.

-¿Qué significa que no puedes?

-Añoro a Sook. Añoro a Queenie; tenemos un conejito de Indias muy divertido. Lo queremos mucho.

Dijo mi padre:

-¿Es que a mí no me quieres?

Dije yo:

-Sí.

Pero la verdad es que, a excepción de Sook y de Queenie y de unos pocos primos y de un retrato de mi hermosa madre al lado de la cama, no tenía una idea muy clara de lo que significaba querer.

Pronto lo descubrí. La víspera de Navidad, mientras caminábamos por Canal Street, me paré en seco, extasiado ante un objeto mágico que vi en el escaparate de una gran tienda de juguetes. Era la maqueta de un avión lo bastante grande como para sentarse dentro y pedalear como en una bicicleta. Era verde y tenía una hélice roja. Estaba convencido de que, si pedaleaba con la suficiente energía, ¡el avión despegaría y levantaría el vuelo! ¡Habría sido en todo caso fantástico! Ya podía ver a mis primos allí abajo mientras yo volaba por entre las nubes. ¡Ver para creer! Reí; reí y reí. Fue la primera vez que mi padre pareció sentirse a gusto conmigo, aunque no sabía qué me había parecido tan divertido. Aquella noche recé para que Papá Noel me trajera el avión.

Mi padre había comprado ya un árbol de Navidad, y estuvimos un montón de tiempo en un supermercado eligiendo cosas para adornarlo. Entonces cometí un error. Coloqué un retrato de mi madre bajo el árbol. En el

momento en que mi padre lo vio, se puso pálido y empezó a temblar. Yo no sabía qué hacer. Pero él sí. Fue hacia un armario y sacó de él una botella y un vaso largo. Reconocí la botella porque todos mis tíos de Alabama tenían muchas exactamente iguales. ¡Puro Moonshine, licor destilado ilegalmente durante la Prohibición! Llenó el vaso y se lo bebió de un trago. Hecho esto, fue como si el retrato se hubiera desvanecido.

Esperé, pues, la Nochebuena y el siempre excitante advenimiento del orondo Papá Noel. Por supuesto, jamás había visto ese pesado y ruidoso gigante con la panza hinchada dejarse caer por la chimenea y exhibir alegremente su generosidad bajo un árbol de Navidad. Mi primo Billy Bob, que era un miserable enanito, pero que tenía un cerebro como un puño de hierro, afirmaba que todo eso era una tontería, que no existía semejante criatura.

-¡Vaya! -dijo-. Creer que un Papá Noel existe es como creer que una mula es un caballo.

Esta disputa tenía lugar en la plaza del pequeño juzgado. Le contesté:

-Existe un Papá Noel porque lo que hace es voluntad del Señor, y todo lo que es voluntad del Señor es verdad.

Y, escupiendo en el suelo, Billy Bob se alejó:

–¡Bueno, al parecer, tenemos a otro predicador entre nosotros!

Siempre me hacía a mí mismo la promesa de no dormir en Nochebuena, quería oír el baile saltarín del reno en el tejado y quedarme allí, al pie de la chimenea, esperando a Papá Noel para saludarle. Y, en aquella Nochebuena en particular, nada me parecía más fácil que permanecer despierto.

La casa de mi padre tenía tres pisos y siete habitaciones, algunas espaciaosas, sobre todo las tres que daban al jardín del patio: el salón, el comedor y una sala de música para los que querían bailar, tocar música y jugar a las cartas. Los dos pisos superiores estaban adornados con balcones de hierro forjado, cuyos intrincados barrotes verde oscuro se hallaban delicadamente

entrelazados con buganvilla y rizadas guirnalda de orquídeas, planta ésta que parece un lagarto chasqueando su lengua roja. Era el tipo de casa ostentosa con suelos encerados, algún mimbre por aquí y algún terciopelo por allá.

Podría haber sido confundida con la casa de un rico; era más bien la casa de un hombre con pretensiones de elegancia.

Para un pobre (pero feliz) chico descalzo de Alabama, era todo un misterio el modo en que se las arreglaba para satisfacer esta aspiración.

No había en cambio misterio alguno en lo que se refiere a mi madre, quien, tras graduarse en la universidad, se esforzaba por ejercer todos sus encantos mientras luchaba por encontrar en Nueva York al novio adecuado que pudiera permitirse vivir en pisos de Sutton Place y adquirir abrigos de marta cebellina. No, los recursos de mi padre le eran de sobra conocidos, aunque nunca mencionara el asunto hasta años después, cuando ya había podido comprarse collares de perlas que colgaban de su cuello envuelto en pieles.

Había ido a visitarme a uno de esos internados esnobs de Nueva Inglaterra (donde mi enseñanza era costada por su rico y generoso marido), cuando algo que comenté la enfureció; gritó:

–Conque no sabes por qué vive tan bien! Yates y cruceros por las islas griegas. Pues por ¡sus mujeres! Piensa en esa larga lista. Todas viudas. Todas ricas. Muy ricas. Y todas mucho mayores que él.

Demasiado viejas para que cualquier joven sensato se case con ellas. Es por lo que

eres su único hijo. Y ésta es la razón por la que jamás volveré a tener otro; yo era demasiado joven para tener hijos, pero él era una bestia, acabó conmigo, me estropeó.

"Just a gigolo, everywhere I go, people stop and stare... Moon, moon over Miami... This is my first affair, so please be kind... He, mister, can you spare a dime?... Just a gigolo, everywhere I go, people stop and stare..."¹

Mientras estuvo hablando (yo intentaba no escuchar, porque, al decirme que mi nacimiento había acabado con ella, estaba ella acabando conmigo), estas melodías, u otras semejantes, rondaban por mi cabeza. Me ayudaban a no escucharla, y me recordaban la extraña e inolvidable fiesta que dio mi padre en Nueva Orleans en aquella Nochebuena.

Iluminaron el patio de velas, al igual que las tres habitaciones que daban a él. La mayoría de los invitados estaban reunidos en el salón, donde un pálido fuego en la chimenea arrancaba destellos al árbol de Navidad; otros muchos bailaban en la sala de música y en el patio a los acordes de un gramófono. Tras haber sido presentado

¹ (1) Célebre canción ligera de la época (N. de la T.)

a los invitados y agasajado por todos, me enviaron arriba; pero, desde la terraza detrás de la contraventana francesa de la puerta de mi habitación, podía ver toda la fiesta, observar a las parejas mientras bailaban. Vi a mi padre bailando un vals con una mujer elegante alrededor del estanque que rodeaba la fuente de la sirena. Era realmente elegante, y llevaba un ligero vestido plateado que relucía a la luz de las velas; pero era mayor, como mínimo diez años mayor que mi padre, quien, en aquella época, tenía treinta y cinco.

De pronto me di cuenta de que mi padre era, con mucho, el más joven de su fiesta. Ninguna de las mujeres, por encantadoras que fueran, era más joven que la esbelta bailadora de vals con el ondulante traje plateado. Lo mismo ocurría con los hombres, quienes, en su mayoría, fumaban aromáticos puros habanos; más de la mitad eran lo suficientemente viejos como para ser padres de mi padre. Vi entonces algo que me hizo parpadear. Mi padre y su ágil acompañante se habían desplazado sin dejar de bailar hasta un lugar semioculto por las orquídeas; se abrazaban y se besaban. Me quedé tan sobrecogido, tan furioso, que corrí a mi habitación,

salté dentro de la cama y me tapé la cabeza con las sábanas. ¿Qué podía querer mi joven y apuesto padre de una vieja como aquella? ¿Y por qué toda esa gente de ahí abajo no se iba de una vez para que Papá Noel pudiera entrar? Permanecí despierto durante horas oyendo cómo se marchaban los invitados y, cuando mi padre dio las buenas noches por última vez, oí cómo subía las escaleras y abría la puerta de mi dormitorio para echar un vistazo; pero me hice el dormido.

Muchas cosas ocurrieron que me mantuvieron despierto toda la noche. Primero, las pisadas, el ruido de mi padre subiendo y bajando las escaleras, respirando con dificultad. Tenía que ver qué hacía. De modo que me escondí en el balcón, entre la buganvilla. Desde allí tenía una visión completa del salón, del árbol de Navidad y de la chimenea, donde todavía ardían pálidas llamas. Además, podía ver a mi padre. Caminaba a gatas por debajo del árbol disponiendo una pirámide de paquetes. Envueltos en papel púrpura, y rojo y dorado, y azul y blanco, crujían levemente cuando él los movía. Me sentía aturdido, ya que lo que veía me obligaba a reconsiderarlo todo.

Si se suponía que estos regalos eran para mí, obviamente no habían sido enviados por el Señor ni repartidos por Papá Noel; no, eran regalos comprados y envueltos por mi padre. Lo que significaba que mi detestable primito Billy Bob, y otros tan detestables como él, no mentían cuando se burlaban de mí y me decían que no existía Papá Noel. El peor pensamiento era: ¿sabía Sook la verdad y me había mentido? No, Sook nunca me habría mentado. Ella creía. Eso era, aunque tuviera sesenta y tantos años, de alguna manera era al menos tan niña como yo. Estuve observando hasta que mi padre terminó su tarea y apagó las pocas velas que aún quedaban encendidas. Esperé hasta asegurarme de que estaba en la cama y dormía. Entonces me deslicé hasta el salón, que todavía olía a gardenias y a puros habanos.

Me senté allí a pensar: Ahora seré yo quien tenga que decirle la verdad a Sook. Una ira, un extraño rencor, crecía en mi interior: no iba dirigido a mi padre, aunque acabara siendo él la víctima.

Al amanecer, examiné las tarjetas colgadas en cada uno de los paquetes. Todas decían: "Para Buddy". Todas, excepto una que rezaba: "Para Evangéline". Evangéline era una negra

ya mayor que bebía Coca-Cola todo el día y que pesaba ciento cincuenta kilos; era el ama de llaves de mi padre –también lo había criado ella–.

Decidí abrir los paquetes: era la mañana de Navidad, estaba despierto, ¿por qué no? No me tomaré la molestia de describir lo que había dentro: sólo camisas, jerséis y tonterías por el estilo. Lo único que me gustó fue una soberbia pistola de pistones. Sin saber por qué, se me ocurrió que sería divertido despertar a mi padre con un tiro. Y lo hice. "Bang". "Bang". "Bang".

Se precipitó fuera de la habitación, con los ojos de par en par. "Bang". "Bang". "Bang".

–Buddy, ¿qué diablos crees que estás haciendo? "Bang". "Bang". "Bang".

–¡Para eso de una vez! Me reí.

–Mira, papá. Mira cuántas cosas maravillosas me ha traído Papá Noel.

Más calmado, entró en el salón y me abrazó. –¿Te gusta lo que te ha traído Papá Noel?

Le sonreí. Él me sonrió. Fue un largo momento de ternura que se rompió cuando dije:

–Sí, papá, pero ¿qué me vas a regalar tú?

Su sonrisa se esfumó. Sus ojos se entrecerraron con suspicacia; podía leerse en su cara la sospecha de que yo le había tendido una

trampa. Pero entonces se sonrojó, como si se avergonzara de pensar en lo que estaba pensando. Palmeó mi cabeza, carraspeó y dijo: "Bueno, había pensado que era mejor esperar y dejar que eligieras algo que desearas realmente. ¿Hay algo que quieras muy particularmente?"

Le recordé el avión que habíamos visto en la tienda de juguetes de Canal Street. Su rostro asintió. Oh, sí, recordaba el avión y cuán caro era. La cuestión es que, al día siguiente, yo ya estaba sentado en el avión, soñando que me elevaba hacia el cielo, mientras mi padre rellenaba un talón para el feliz vendedor. Habíamos hablado de cómo se transportaría el avión hasta Alabama, pero me mostré firme, insistí en que tenía que ir conmigo en el autobús que tomaba a las dos de aquella misma tarde. El vendedor lo solucionó llamando a la compañía de autobuses, que dijo que podrían arreglarlo con facilidad.

Pero todavía no me había librado de Nueva Orleans. El problema ahora era una gran petaca de Moonshine; puede que fuera por mi partida, pero el hecho es que mi padre había estado dándole al trago todo el día y camino de la estación, me asustó al cogerme de las

muñecas y susurrarme con amargura:

–No voy a dejar que te vayas. No puedo dejar que vuelvas con esa familia de locos a ese viejo caserón de locos. Hay que ver lo que han hecho contigo. ¡Un niño de seis años, casi siete, hablando de Papá Noel! Todo es culpa suya, de esas viejas solteronas agriadas, con sus Biblias y sus calcetas, de esos tíos tuyos, todos borrachos. Escúchame, Buddy. ¡Dios no existe! No existe ningún Papá Noel. Me apretaba las muñecas con tanta fuerza que me hacía daño.

–A veces, santo cielo, pienso que tu madre y yo, los dos, deberíamos pegarnos un tiro por haber permitido que esto ocurriera.

(Él nunca se quitó la vida, pero mi madre sí: pasó a mejor vida hace treinta años).

–Dame un beso. Por favor. Por favor. Dame un beso. Dile a tu papá que le quieres.

Pero yo no podía hablar. Estaba aterrado de perder el autobús. Y me preocupaba el avión, atado con correas a la baca del taxi.

–Dilo: "Te quiero". Dilo. Por favor. Buddy. Dilo.

Por suerte para mí, el taxista era un hombre de buen corazón.

Si no hubiera sido por su ayuda, la de unos mozos eficaces y la de un amable

policía, no sé qué hubiera ocurrido al llegar a la estación. Mi padre se tambaleaba tanto que apenas podía andar, pero el policía habló con él, le serenó, le ayudó a mantenerse derecho, y el taxista prometió devolverlo a casa sano y salvo. Sin embargo, mi padre no se iría hasta ver cómo los mozos me acomodaban en el autobús.

Una vez dentro, me acurruqué en el asiento y cerré los ojos. Sentía un extraño malestar. Un dolor agobiante que me hería por todas partes. Pensé que, si me sacaba los pesados zapatos de ciudad, auténticos monstruos torturadores, aquella agonía remitiría. Me los quité, pero el misterioso dolor no me abandonó. En cierto modo, nunca más me abandonó; nunca más lo hará.

Doce horas más tarde estaba en casa, en cama. La habitación estaba a oscuras. Sook, sentada a mi lado, se balanceaba en una mecedora; un sonido tan sedante como el de las olas en el océano. Había intentado contarle todo lo que había ocurrido, y tan sólo me detuve cuando me quedé tan ronco como un perro aullador. Me pasó los dedos por el pelo y dijo:

—Por supuesto que existe Papá Noel. Sólo que es imposible que una sola persona haga todo lo que

hace él. Por eso el Señor ha distribuido el trabajo entre todos nosotros. Por eso todo el mundo es Papá Noel. Yo lo soy. Tú lo eres. Incluso tu primo Billy Bob. Ahora ponte a dormir. Cuenta estrellas. Piensa en la cosa más apacible. Como la nieve. Siento que no llegarás a verla. Pero ahora la nieve cae por entre las estrellas.

Las estrellas destellaban, la nieve se arremolinaba dentro de mi cabeza; la última cosa que recordé fue la voz serena del Señor encomendándome algo que hacer. Y, al día siguiente, lo hice. Fui con Sook a la oficina de correos y compré una postal de un penique. Hoy, todavía existe esa postal. Fue encontrada en la caja de caudales de mi padre cuando murió, el año pasado. Esto es lo que le había escrito: "Hola papá espero que estés bien como yo y estoy aprendiendo a pedalear muy rápido en mi avión estaré pronto en el cielo así que mantén los ojos abiertos y sí te quiero Buddy".

Tomado de: <http://www.el-mundo.es/larevista/num165/textos/truman.html>.

ⁱ Escritor norteamericano nacido en Nueva Orleans en 1924 y criado en un pueblo de Alabama. Capote es considerado uno de los mejores escritores norteamericanos del siglo XX. En 1948, su primera novela *Otras voces, otros ámbitos*, provocó casi tanta polémica como la foto de contraportada, en la que Capote, homosexual militante, posaba afectadamente como una especie de Lolita. Encumbrado a lo más alto por su obra maestra, *A sangre fría* (1965), y convertido en un símbolo viviente de la cultura pop, vivió sus últimos años sumergido en el alcohol, las drogas y la promiscuidad, hasta su muerte en 1984 en la ciudad de Los Ángeles.